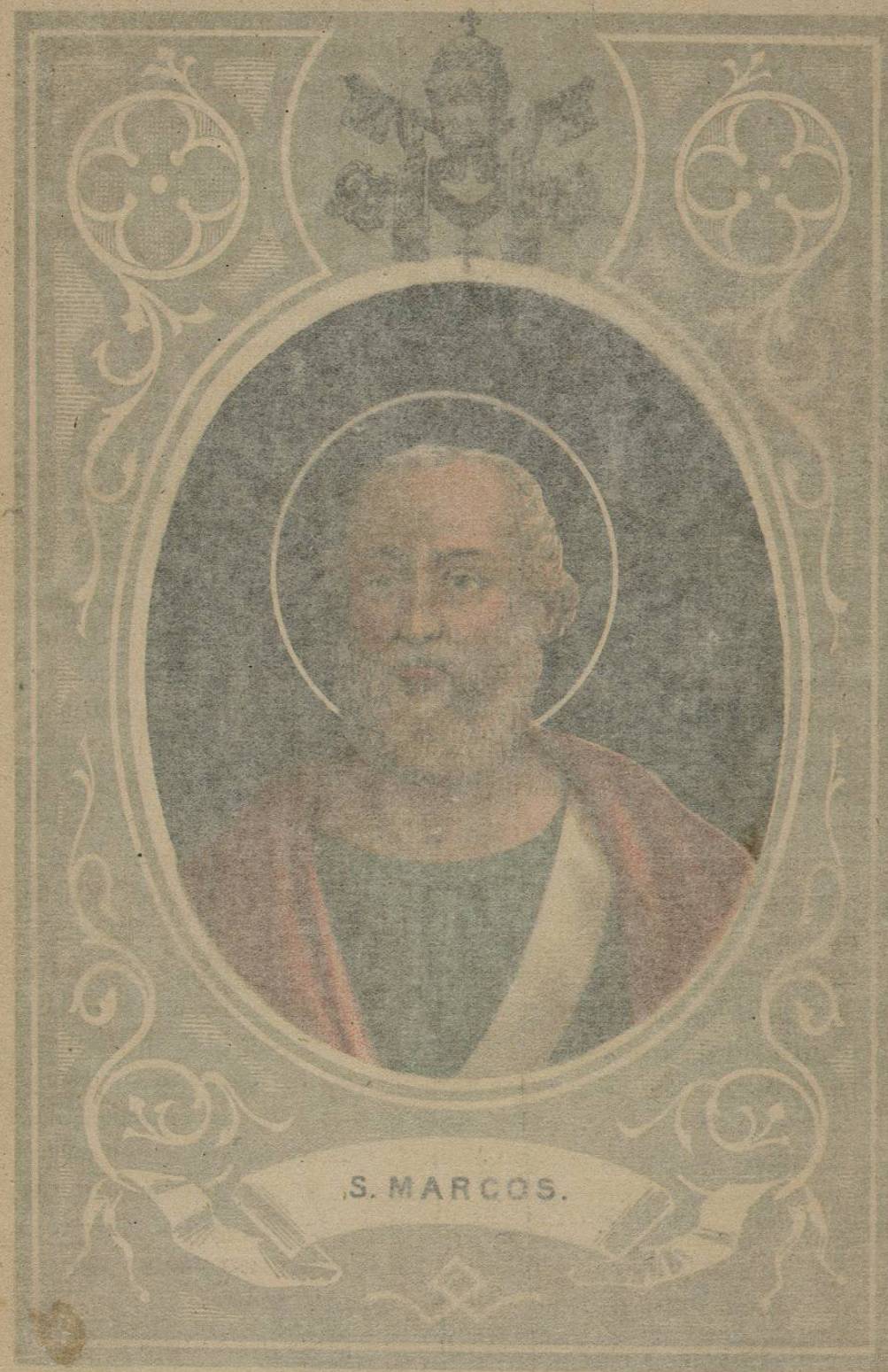
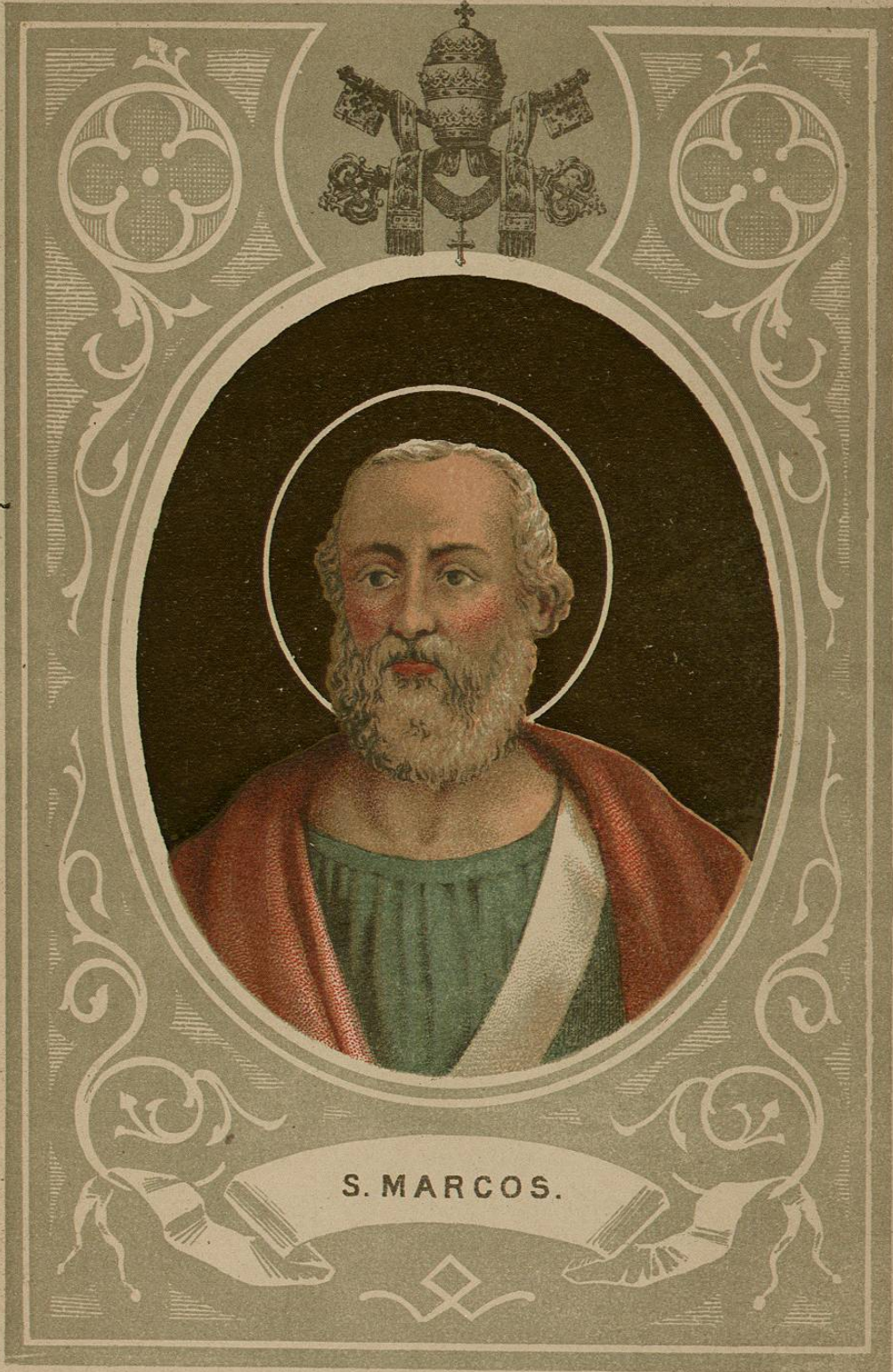


valeroso enemigo de la heregía é infatigable propagador de la fé que logró difundir entre los iberos, los persas, los abisinios y otros remotos pueblos, abriendo así espléndido camino á los esfuerzos de sus sucesores. Y no tardó en seguir sus huellas el que le reemplazó en la gerarquía suprema, San Marcos, romano é hijo de Prisco, electo pontífice el año 337 y que ocupó la Santa Sede dos años, ocho meses y veintiun días. Notable por su vivísima fé, por su gran amor á la oracion, por el sumo desprecio que profesaba á las cosas terrenas y por su extraordinaria caridad, antes de su elevacion, mostró después de ella, con mas intensidad, si cabe, que antes, tan excelsas cualidades que le hacian digno por todos conceptos del sitió que llegó á ocupar. Antes affligian al mundo numerosos males: las guerras civiles daban lugar á la comision de inauditas atrocidades, los secuaces de los fieros emperadores competian en oprimir á la cristiandad con tanta barbarie que merecieron ser llamados por Lactancio animales feroces. Los fieles, patricios ó plebeyos, ancianos ó jóvenes, matronas ó vírgenes, eran lanzados de sus casas, despojados de sus bienes, atormentados de la manera mas espantosa, especialmente en la Tebaida, en Cartago, en Alejandria y en Siria; aumentaba, un dia, el dolor, la prolongada viudez de la Sede romana y la apostasia de muchos. A la sazón, no ocurría eso, pero, en cambio, comenzaban otras hipócritas é insidiosas luchas contra San Marcos, quien supo oponerse como un muro de bronce, á las perfidias de los herejes, y lograr con su celo que fuesen mas fecundas y mejor dirigidas las medidas adoptadas por Constantino en favor de la Iglesia. El hijo de santa Elena, iluminado por la luz del Evangelio, promulgó leyes sapientísimas y cerró las inícuas escuelas paganas y los templos de Venus Urania en las márgenes del Adonis, en Heliopolis y en otros puntos. En estas disposiciones que confortaban á la Iglesia, tuvo no poca parte la infatigable actividad de San Marcos, quien cuando en la corte imperial disminuyó el vigor y comenzaron las usurpaciones contra la Iglesia, no omitió tampoco el hacer oír su voz, oponiéndose á los fraudes de los herejes y combatiendo á algunos obispos y sacerdotes felones y aduladores, Como padre universal de los fieles, empleaba en beneficio de todos el poder y las riquezas descritas en el Libro Pontifical y de las que ya estaba entonces provista





valeroso enemigo de la heresia. El pontífice Gregorio de la E. que logró difundir entre los iberos, las partes de occidente y otros remotos pueblos, alricada con caridad y prudencia, en el desempeño de sus sucesores. Y así como él se distinguió por su celo y su zelo en el plazó en la gerarquía superior, sus sucesores, como el papa Prisco, el año primero del reinado de los emperadores, continuaron años, ocho meses, y veintiseis días, en el desempeño de su oficio, su gran amor á la cruzada, y su zelo por la conversión de los gentes á las cosas terrenas y por el adelantamiento de la civilización, mostró de modo tan evidente, que en el desempeño de sus funciones antes tan excelsas y tan nobles, que se le dio el nombre de Padre de los pobres. Antes de ser papa, había sido un hombre austero y laborioso. En su vida se habían ocupado en la omisión de inauditas fatigas, y en el desempeño de los deberes con integridad en el desempeño de su oficio, y en el desempeño de sus deberes con tanta diligencia, que se le dio el nombre de Padre de los pobres. En su vida se habían ocupado en el desempeño de sus deberes con tanta diligencia, que se le dio el nombre de Padre de los pobres. En su vida se habían ocupado en el desempeño de sus deberes con tanta diligencia, que se le dio el nombre de Padre de los pobres.



S. MARCOS.



la Iglesia, que tenia posesiones en Italia, Grecia, Egipto, en la provincia del Eufrates y en otras regiones. De todo ello se valia San Marcos para que la Iglesia se emancipara, para que el clero, poseyendo lo necesario, no sirviera ignoblemente á los poderosos de la tierra, ni hubiera de transijir con los vicios y debilidades de los príncipes, de los hereges y de los guerreros, sino que, por el contrario, gozase en su ministerio de la mas completa libertad.

Las alegrías que experimentaba el santo pontífice al presenciar los triunfos de la Iglesia, en parte debidos á sus esfuerzos, vieron-se amargadas no poco, por los disturbios y las verdaderas persecuciones que contra los verdaderos creyentes promovian los arrianos. La importancia que tuvo esta heregía, nacida en tiempo del anterior papa, segun se ha dicho, y los muchos males que ocasionó, así como la providencial muerte de su fautor, y lo interesante de los detalles de la persecucion que este suscitó contra San Atanasio, sucesor de San Alejandro en la sede de Alejandria, son razones que justifican sobradamente el que se hable aquí de estos puntos con mas extension de la acostumbrada, pues así resaltará de mayor modo la energía que hubieron de desplegar los pontífices para restablecer la pureza de la fé, lo meritorio de sus esfuerzos y lo glorioso de su triunfo. «Cuando Alejandro dejó esta vida mortal, dice uno de los autores repetidamente citados en la presente obra, el pueblo y el clero por aclamacion, eligieron por sucesor suyo, (en la sede de Alejandria), á San Atanasio. Llenóse de confusion el santo y se escondió por rehuir aquella dignidad, pero despues de algun tiempo dieron con él y hallándose reunidos la mayor parte de los obispos de la provincia, le consagraron con aplauso de toda la ciudad... Algunos años antes... habia ido San Atanasio á visitar á San Antonio, habiendo permanecido en su compañía, ejercitándose en la práctica de las virtudes, y se gloria-ba de haberle servido dándole agua para que se lavase los piés. Abrazó el estado eclesiástico, en el que fué ascendiendo hasta llegar á la dignidad de obispo de Alejandria. Los arrianos le aborrecian desde antes que se celebrase el concilio de Nicea. Siendo ya obispo, se negó á admitir á Arrio cuando éste volvió de su destierro Eusebio de Nicomedia se lo rogó con atentas cartas, y aun con amenazas, é hizo que el mismo Emperador le escribiese, di-



ciéndole entre otras cosas: «Conociendo, pues, desde ahora, mi voluntad, deja entrar en la Iglesia á cuantos quieran; porque si yo sé que niegas la entrada á alguno que la desee, te haré deponer y desterrar.» No se acobardó el Santo Prelado por las amenazas del Emperador; sabia muy bien á quienes debía admitir en la Iglesia y á quienes debía cerrar sus puertas; y sobre todo respeto humano, estaba su conciencia sacerdotal. Así, pues, le contestó con energía y sumision al propio tiempo, haciéndole ver que una heregia tan contraria á Jesucristo no podia jamas lograr la comunión de la Iglesia.

»Los arrianos no perdonaron al obispo de Alejandría esta justa severidad que con ellos usaba, y juraron hacer cuanto les fuese posible por perderle.

»Habian fingido aquellos herejes aceptar la fé de Nicea, y se propusieron engañar al Emperador para lograr por este medio malquistar con él á San Atanasio. Con este objeto se unieron á los melecianos, y juntos acudieron á Constantino, ante el cual acusaron al Prelado, inventando mil calumnias en contra suya, entre las cuales se contaba la de que habia enviado una gran cantidad de dinero á uno que se habia rebelado contra el mismo Emperador. Tan graves eran las acusaciones, que Constantino creyó que era necesario por lo menos examinar si eran fundadas. Hizolo llamar á su presencia, y habiendo escuchado sus razones quedó convencido de su inocencia.

»La persecucion de los arrianos se extendió tambien á Eustasio, obispo de Antioquía, habiendo logrado que fuese depuesto y preso. Era este Prelado muy docto y habia combatido el arrianismo con sábios discursos, contra cuyos argumentos no habia objeciones posibles, y habia tenido una esquisita vigilancia á fin de no ordenar á ninguno que fuese sospechoso de heregia. Eusebio de Nicomedia fingió deseos de querer visitar los Santos lugares y ver la suntuosa iglesia que Constantino hacia edificar en Jerusalem. Habiéndose encontrado con el otro Eusebio, de Cesarea, y varios obispos arrianos, todos reunidos se dirigieron á Antioquía, donde reunieron un concilio al que asistió Eustasio, que estaba muy léjos de sospechar el perverso designio que á los otros guiaba. San Eustasio fué acusado falsamente de un crimen afrentoso, y en su consecuencia depuesto.

»En vano los obispos que no eran arrianos reclamaron contra aquella inicua sentencia, que se habia pronunciado sin declaracion de testigos. El concilio dió cuenta al Emperador, el cual creyendo como verdades cuanto le dijeron, le condenó á Tracia junto con muchos presbíteros y diáconos. El santo Prelado antes de abandonar á su pueblo le exhortó á que fuese constante á la buena causa, y lleno de resignacion sufrió aquella persecucion, habiendo muerto en su destierro en Filipos de Macedonia. Mas tarde se hizo patente su inocencia, declarando una infeliz mujer que fué la principal protagonista de la calumnia, que lo habia hecho por el dinero que habia recibido de los arrianos.

»Hé aquí otras particularidades que encontramos en la citada obra del señor Amat.

»Los arrianos deseaban colocar en la gran silla de Antioquía al famoso Eusebio de Cesarea. Mas este sábio no quiso admitirla. tal vez por miedo del pueblo católico de aquella populosa ciudad, bien que el Emperador creyó que era por no faltar á los cánones que prohiben las traslaciones. Fué, pues colocado en Antioquía Paulino de Tiro, á quien en poco tiempo sucedieron otros tres arrianos. Entretanto, el pueblo católico, al cual se daba entonces el nombre de partido de los *Eustasianos*, se juntaba aparte con sus presbíteros. Los arrianos todavia no pretendian separarse de los católicos, antes bien se unian con gusto con ellos en la iglesia; decian que la disputa no merecia division, y procuraban entre tanto engrosar su partido, echando de sus sillas á los obispos católicos que les hacian mas frente, como San Asclepas de Gaza, y San Eutropio de Andrinópolis.

»Pero jamás perdian de vista á San Atanasio. Unidos con los melecianos, hicieron correr la voz de que habia quitado la vida á Arsenio, obispo meleciano de Hipsele, y enseñaban una mano desecada, diciendo que era de Arsenio, y que el Santo se la habia cortado para operaciones mágicas. San Atanasio despreciaba esta calumnia, hasta que se vió citado por el censor Dalmacio, que por encargo del Emperador debia conocer de esta acusacion. Entonces escribió á varias partes en busca de Arsenio; y en fin comparció este en Tiro, donde fué conocido de muchos. Sus acusadores quedaron confundidos; y San Atanasio envió al diácono Ma-



cario á informar de todo al Emperador, quien escribió al Santo una carta muy expresiva, y apercibió á los melecianos que otra vez castigaria con todo rigor sus imposturas.

»Eusebio y los de su partido, constantes en su empresa, inventaron nuevas calumnias, por cuyo medio lograron que el Emperador solicitase un nuevo concilio, con el fin de pacificar aquellas iglesias. Convocóse en Cesarea de Palestina, San Atanasio no quiso asistir, conociendo que no habria libertad. Pero al año siguiente, los eusebianos acusando al Santo de soberbio é inobediente, lograron que el Emperador renovase la orden de convocar el concilio, señalando la ciudad de Tiro, en donde en efecto se juntó. Aprovecharon la oportunidad de que el Emperador deseaba juntar un gran número de obispos en la Palestina, para solemnizar la dedicacion de la magnífica iglesia que estaba acabando en Jerusalem: hicieron de suerte que solo se llamase á los obispos que ellos querian, y que se enviase un conde para sostener sus providencias, con el pretexto de mantener el buen orden. San Atanasio diferia su marcha conociendo la fuerte conspiracion que se habia tramado contra él; pero quiso quitar á sus enemigos todo pretexto de hacerlo odioso al Emperador como inobediente, y de decir que por conocerse reo no queria asistir al concilio. Compareció, pues, con cuarenta y nueve obispos de Egipto, entre los cuales estaban los ilustres confesores San Potamon de Heraclea, y San Pafnucio de la alta Tebayda. Estos Santos se horrorizaron al ver que Atanasio estaba en pié como reo delante de sus jueces. Todos los egipcios recusaron á trece obispos, por ser enemigos declarados del Santo, y por otros particulares motivos. Pero sus representaciones fueron despreciadas.

»Empezóse la causa de Atanasio; y seguros sus enemigos del campo de batalla, intentaron anular su consagracion con el frívolo pretexto de que siete de los obispos que le consagraron habian antes jurado no ordenar obispo de Alejandria hasta despues de terminadas las disputas sobre Arrio. Acusaban tambien al Santo de que trataba con violenta tiranía á sus feligreses; pero de cien obispos que le reconocian por metropolitano, ninguno se quejó, ningun sacerdote, ni lego católico: todas las quejas eran de los cismáticos, ó hereges declarados. Por lo mismo, se fijó mas el concilio en la

acusacion sobre Isquiras. Decian los acusadores que Macario visitando la Mareótide en nombre de Atanasio, llegó al tiempo que Isquiras ofrecia el sacrificio, y le rompió el cáliz, derribó el altar, profanó los santos misterios, quemó los libros sagrados, y arruinó la Iglesia. San Atanasio respondió que Isquiras jamás habia sido presbítero; pues aunque habia pretendido ordenarle Coluto á principio de su cisma, por no ser Coluto obispo, su consagracion fué declarada nula, cuando Osio fué á Alejandria: que por esto en la visita de la Mareótide le habia hecho intimar que no hiciese funcion alguna de presbítero; pero que ni el dia que se le intimó era domingo, ni Isquiras tenia iglesia ni vasos sagrados: que esta calumnia habia sido ya examinada y despreciada por el Emperador, y que el mismo Isquiras le habia dado una declaracion firmada de su mano, en que confiesa que la acusacion es falsa, y que la hizo instada de tres obispos melecianos. Los eusebianos se valieron del conde para que enviase una diputacion de obispos á la Mareótide á averiguar estos hechos. Representaban los de Egipto que en una acusacion suscitada dos ó tres años antes, debian tenerse prontas las pruebas, y que á lo menos se enviasen obispos imparciales. Pero la comision se dió á los seis mas declarados enemigos de San Atanasio. Fueron ministros imperiales y con tropa, y á pesar de tanto aparato, de su intrepidez y de las mayores violencias, con todo, de la misma informacion resultaba que el dia en que Macario fué á buscar á Isquiras, éste se hallaba enfermo en su casa; que no era domingo y que no quemó ningun libro. La iglesia católica de Alejandria, y el clero de la Mareótide protestaron contra las diligencias de los informantes, con los mas poderosos motivos; y el citado clero dió una auténtica relacion de la verdad del hecho.

»Entretanto el concilio de Tiro seguia la causa de San Atanasio. Estando los obispos congregados, se presentó una mujer que despues de muchos gemidos y lamentos, dijo que habia hecho voto de virginidad, pero que habiéndose alojado en su casa el obispo Atanasio, á pesar de su resistencia la habia violentado, y despues le habia hecho algunos regalos para que callase. El Santo supo la queja con anticipacion, y previno el remedio. Cuando le llamaron para hacerle cargo, se presentó con Timoteo, presbítero suyo, al